

EJERCICIOS NAVALES COMBINADOS DE LAS ARMADAS DE CHILE, PERU Y ESTADOS UNIDOS.

El señor FIGUEROA (Secretario).— Informe de la Comisión de Defensa Nacional recaído en el proyecto de la Cámara de Diputados que autoriza a unidades de las Armadas de Estados Unidos de Norteamérica, y de la República del Perú para realizar, en aguas chilenas, ejercicios navales combinados con unidades de la Armada de Chile.

La Comisión recomienda aprobar el proyecto en los mismos términos en que consta del oficio de la Cámara de Diputados, con el voto en contra del Honorable señor Ampuero.

El señor ZEPEDA (Presidente).— En discusión general el proyecto.

Ofrezco la palabra.

El señor AMPUERO.— Señor Presidente, yo me siento en el deber de exponer en la sala el fundamento de la objeción que formulé al proyecto en la Comisión de Defensa Nacional. Lo hago, sobre todo, por la circunstancia de haber sido, el mío, un voto solitario, diferente del de los otros cuatro integrantes de la Comisión, Honorables señores Eduardo Alessandri, Curti, Aguirre y Echavarrí.

Generalmente, la Comisión de Defensa ha evacuado sus informes por unanimidad, por tratarse de asuntos de carácter más o menos técnicos, donde las discrepancias políticas hallan poco campo para dirimirse. Pero —repito— creo indispensable señalar aquí parte, siquiera, de las razones que tuve en cuenta para votar en la forma en que lo hice.

No deseo referirme más allá de lo prudente a las consideraciones ya hechas en otras oportunidades por nuestros compañeros, los Senadores socialistas, respecto del sistema militar interamericano en vigencia. Sólo recuerdo que, en 1952, cuando se debatió la cuestión relativa a la suscripción de un convenio militar entre Estados Unidos y Chile, nos opusimos a

que se sancionara tal pacto. En ese tiempo, anticipamos el carácter negativo que él tendría como consecuencia más o menos inmediata. Se sostuvo que el convenio perseguía distintas finalidades plausibles. Se dijo con particular vehemencia que, por intermedio de la ayuda norteamericana, se lograría una notable reducción de los presupuestos militares de los países latinoamericanos. Por supuesto, tales razones influyeron poderosamente en distintos grupos parlamentarios y, en parte, neutralizaron la opinión adversa de algunos sectores de la opinión pública. En seguida se agregó que, por medio de un sistema armónico y equilibrado de pactos similares con la mayor parte de los países latinoamericanos, se produciría una reducción de las tensiones potenciales, frecuentes en nuestro continente en las fronteras de los países contiguos, y, por último, en la retórica que envolvía la presentación del convenio, se habló con particular insistencia de su carácter de garantía de la paz continental.

A los doce años de la suscripción de ese documento y su aprobación por el Parlamento chileno, estimo que, sin lugar a dudas, podemos verificar efectos absolutamente antagónicos a los ofrecidos, producidos como consecuencia del sistema de pactos militares. En alguna próxima oportunidad, espero traer una comprobación cabal en orden a que los presupuestos de guerra de los países latinoamericanos no han decrecido, sino que, en algunos casos significativos han aumentado, y que esto último ocurre, también, en el continente considerado en forma global. Las tensiones fronterizas no han desaparecido; al revés, nuestro país, en estos momentos, está viviendo en sus fronteras dificultades, pequeñas o grandes, con alguna trascendencia o sin ninguna; pero, en todo caso, nunca como en esta época Chile ha estado más preocupado de sus asuntos limítrofes y de las relaciones con sus vecinos. Esto vale también para diferentes países del continente, que sería ocioso men-

cionar. En cuanto a la garantía más o menos integral de paz que esos pactos parecían ofrecer, la verdad es que tampoco se ha logrado. América Latina sigue siendo un campo extenso, territorial y geográficamente fragmentado desde el punto de vista político, plagado de recelos internacionales, transformado, en suma, en una especie de tablero de ajedrez donde las amistades entre un Estado y otro se saltan siempre a los vecinos. Somos amigos *país por medio* en el continente latinoamericano. La inseguridad general, desde el punto de vista militar y diplomático, es el exponente más negativo del tiempo que estamos viviendo los habitantes de América Latina. Pero esto atañe al fondo de la cuestión y explica nuestra sistemática insistencia en que se suscite una revisión radical de todo el sistema de pactos militares, de todo el aparato interamericano, que han comprometido las fuerzas armadas de nuestros países en una estructura que depende fundamentalmente de la voluntad, del aprovisionamiento y de las doctrinas prevalecientes en el Pentágono. Nuestros países juegan el muy pobre papel de peones, cuya suerte, en último término, depende de las resoluciones adoptadas en Washington. Todo esto, por supuesto, hiere la sensibilidad nacional de cualquier chileno y debe preocupar a cualquier hombre sumergido en los asuntos públicos de nuestro país o de otras naciones hermanas. Pero ello, tal vez, no es lo más importante en este momento. Lo que a nosotros preocupa más, todavía, es cómo mediante este complejo sistema, cuyos defectos fundamentales he anotado someramente, se está inoculando, en la opinión pública y en los medios dirigentes de cada país latinoamericano, una psicología colonial; cómo se está produciendo una suerte de *desnacionalización* de las fuerzas armadas; cómo ellas, institucionalmente, más allá de la voluntad de sus jefes, pasan a ser simples mecanismos integrados en un sistema continental, hemisférico, cuya dirección escapa a nuestras manos. Esta

mentalidad, esta abdicación de nuestros deberes y perfiles nacionales, ya adquiere contornos de un fenómeno penoso. Yo diría, de manera un poco metafórica, que al suscribir tales pactos, los estadistas de los diferentes países han dado nacimiento a una especie de república de los pactos de ayuda mútua, a una "*República del PAM*", Tenemos así, buques PAM, tanques PAM, armas PAM, equipos PAM.

Me he encontrado hace algunos años —lo cito de paso— con que en el Regimiento Rancagua, situado en la ciudad de Arica, el primer puerto y la primera ciudad chilena que el turista encuentra cuando viene del norte, los centinelas usaban piezas de sus uniformes con las iniciales U.S. (United States). Lo señalo como una demostración de la insensibilidad progresiva que se va produciendo, primero en los medios militares; en seguida, en los civiles, o al contrario, y que implica una claudicación lastimosa de nuestros sentimientos de dignidad nacional y del carácter esencialmente patriótico y chileno de nuestras Fuerzas Armadas.

Existen batallones PAM, con armamentos, técnica, adiestramiento y supervisores norteamericanos. Existen escuelas, academias e institutos PAM, situados en Norteamérica o en el Caribe. En el hecho, es un Estado Mayor PAM la Junta Interamericana de Defensa, también residente en Estados Unidos.

Sobre esto, la infraestructura material de los Pactos Militares de Ayuda Mutua, se está contruyendo toda una doctrina religiosa, política, social y hasta literaria, una especie de "filosofía PAM". Ya no se discuten —porque no se podría discutir y difícilmente alguien podría pensar en términos discrepantes— los postulados básicos de tal "filosofía" en nuestros regimientos, en las revistas de nuestras Fuerzas Armadas, en el texto de dos documentos internacionales. Ya esta "república del PAM" tiene todo un evangelio. Lo constituye, entre otros conceptos, el de la defensa de la civilización "cristiana y

occidental”, denominación que no deja de implicar, en cierto modo, un contrasentido, pues Jesucristo nació y vivió en el Medio Oriente. Si lo consideramos desde el punto de vista geográfico, es menos occidental, desde luego, que el marxismo, creado, en sus líneas fundamentales, por un hombre oriundo de Alemania.

En la literatura, los americanos son los héroes de historias un poco más evolucionadas que las del “superman”, magro alimento espiritual de nuestra infancia y de nuestra juventud. Son las fuerzas americanas quienes están cautelando los intereses fundamentales de la “civilización”; son sus concepciones de defensa nacional las únicas doctrinas conocidas por nuestros oficiales. Existe toda una técnica de lucha contra la subversión, las guerrillas y el sabotaje, que tiene una finalidad política: constituye una educación contra los movimientos populares. A la inversa, justifica la guerrilla, la subversión y el golpe de Estado cuando son prohijados por los sectores reaccionarios de América latina. En efecto, militares brasileños, ecuatorianos y peruanos, que estuvieron instruyéndose en escuelas de altos estudios para abatir la subversión en sus países, no sólo no la abatieron, sino que la promovieron ellos mismos; fueron los protagonistas de los golpes de mano conocidos en los últimos años.

Se habla de la *unidad del hemisferio*, como si fuera éste un destino divino señalado a los países latinoamericanos. Por la circunstancia absolutamente casual de vivir en un mismo paño de tierra con los Estados Unidos, el hemisferio pasa a ser un valor sustantivo, que debemos proteger solidariamente.

No sé qué relación tienen esta doctrina —o este hecho, elevado a la categoría de doctrina— con los precedentes históricos. Jamás los pueblos que habitan un continente han estimado que, *por ese solo hecho*, tienen unidad de destino. Las peores guerras se han realizado en Euro-

pa entre países del mismo continente; las peores agresiones contra los pueblos de América latina han procedido de Estados Unidos. De manera que la consagración de tal dogma, como fundamento de nuestra convivencia histórica, y de nuestra proyección futura, carece de sentido desde el punto de vista filosófico y político, pero constituye, sin embargo, otro pivote fundamental en la doctrina PAM.

Se habla, en términos que nunca he alcanzado a comprender cabalmente, de la lucha contra ideologías *foráneas*, como si pudiese haberlas, como si las ideas tuvieran patria. Partiendo de este punto de vista y tomando al pie de la letra la expresión, deberíamos rechazar el cristianismo, el marxismo y el liberalismo, pues ninguna de esas doctrinas nació en Latinoamérica. Empero, por el carácter intencionado de la propaganda inspirada en los pactos militares, hablar de ideas foráneas —término que para más de algún candidato a estadista resulta elegante— es referirse al marxismo y a las ideas que inspiran al pueblo.

En el último tiempo, la pedagogía del PAM ha logrado resultados realmente sorprendentes: ha conseguido manufacturar lo que yo catalogo de “gorila PAM”, un tipo especial de militar a quien se cultiva su espíritu arribista, su afán de mando, su ambición. Se lo selecciona para trabajar en los organismos del PAM en Washington; vive con bastante holgura, por lo general; practica una activa vida social y conoce a fondo el “modo de vivir americano”. Habitualmente, al término de sus cursos de perfeccionamiento, se lo condecora como potencial campeón de la democracia, de civilización occidental y cristiana y cabal amigo de los Estados Unidos de Norteamérica.

El gorila PAM, después de esos cursos en el exterior, regresa a su País, toma las metralletas que le entregó el PAM, asume el mando de los batallones PAM, manipula la filosofía PAM y culmina su hazaña

derrocando al gobierno legítimo, por muy conservador que sea. Así se instituyen las juntas militares PAM.

A mi juicio, es necesario decir estas cosas algún día, pues la mentalidad que crítico va penetrando en forma subrepticia, insidiosa, por todos los canales de nuestra cultura, de nuestra vida diaria, y termina destruyendo la resistencia de países que fueron orgullosos de su historia. Así, por ejemplo, estadistas de esta clase han puesto el grito en el cielo porque se descubrieron cuatro o cinco toneladas de armas en las costas de Venezuela, sin haberse identificado jamás al autor. El hecho fue denunciado como un terrible agravio a la convivencia americana, como una amenaza a la paz, y, por supuesto, se responsabilizó —por revelación divina, seguramente— a Cuba de haber gestado ese frustrado golpe de mano.

Pero este mismo hombre, inmenso en la mentalidad PAM, no dice media palabra cuando miles de soldados, muchos de ellos embarcados en playas norteamericanas, con la protección confesa de autoridades yanquis, agreden a un país como Cuba, lo bombardean, lo invaden y disparan en contra de sus tropas, con la pretensión de terminar con su derecho de autodeterminación y a darse el gobierno que estima preferible el pueblo cubano. Es una nueva demostración de la sensibilidad extraordinaria, morbosa, para estimar peligrosos los actos más menudos cuando provienen de un país que construye la sociedad socialista y, en cambio, una epidermis de elefante, para desentenderse de los más brutales golpes inspirados por Estados Unidos en contra de la independencia de un país hermano.

Todo esto me ha llevado a aprovechar el debate en torno de la operación Unitas V para demostrar que los chilenos tenemos un concepto cabal de nuestra independencia; que sabemos defender el patrimonio de soberanía legado por nuestros padres de la Patria, de quienes tanto nos acordamos en los discursos y de quienes

tan poco hemos aprendido en los hechos.

Hice un llamado fervoroso a los miembros de la Comisión de Defensa Nacional para oponernos a la realización de maniobras navales cerca de las costas chilenas justamente en los días en que, de no producirse mayoría absoluta en la elección del 4 de septiembre, este Parlamento deberá decidir quién será el Presidente de la República por seis años. Fracagé en mi intento, y ello me hace temer que la psicología PAM ya haya reclutado a algunos señores Senadores. No me extrañaría, pues en los últimos tiempos, tan abrumados como hemos estado de asuntos de carácter internacional, he conocido una airada expresión de nuestro Presidente, Honorable señor Zepeda, en resguardo de la soberanía de Chile. Leyéndola y releyéndola procuraba explicarme por qué nuestro Honorable colega reaccionaba en forma tan viva frente a las formas más elementales de atropello a nuestra soberanía. como es la ocupación de algunos sectores de nuestro territorio, y por qué, en cambio, el señor Presidente del Senado no dice ni media palabra cuando se mutilan facultades y atribuciones propias de la soberanía del país; como ha ocurrido con la decisión de la Organización de Estados Americanos, primero, y con la del Presidente de la República, después, quien, en su comunicado oficial desliza frases donde da a entender que, de no someterse a ese dictado, nuestra integridad territorial correría ciertos riesgos.

¿Por qué tanta acuciosidad —que aplaudo, por lo demás— sólo para defender el territorio, que constituye el factor físico de nuestra soberanía, y por qué tanta indolencia para defender la plenitud de nuestros derechos soberanos, cuando éstos son cercenados por decisiones ajenas al espíritu del convenio aprobado hace tiempo por el Congreso Nacional? De nuevo, porque la psicología del PAM ha vuelto a sentar sus reales en niveles tan altos como la Presidencia del Senado.

Me he opuesto terminantemente a la

autorización de las maniobras, pero los cuatro miembros restantes de la Comisión las han estimado un asunto baladí, sin importancia, que Chile deba culminar sus decisiones cívicas con un mar patrullado por barcos extranjeros. No lo estimo así. Pienso que para tener la plena certeza de estar ejerciendo limpia y libremente nuestros derechos de nación soberana, es indispensable no sentir ni la sombra de una presión, salvo la de la voluntad expresada en las urnas por los chilenos mismos.

Deploro que la Comisión de Defensa Nacional haya puesto oídos sordos a este reclamo, inspirado exclusivamente en un sentimiento de patriotismo herido. Lo lamento porque ello revela que la corrosión de la "filosofía" que inspira la política exterior norteamericana, ya va alcanzando a gran parte de nuestros legisladores.

No queremos un Parlamento PAM. Estamos luchando para evitar que tengamos un Presidente de la República PAM. Por eso, todos estos problemas de hoy tienen clara gravitación en la contienda presidencial. Queremos que el 4 de septiembre sea una confirmación terminante de que los *chilenos* deseamos un *Presidente chileno*. Estas son las razones que han determinado mi oposición cerrada a la aprobación del proyecto. Espero tener más eco —tal vez sea demasiado esperar— en la votación que habrá de efectuarse en esta sala.

... ..
Desde luego, no revelaré la cifra de ayuda del Pacto Militar a Chile, aunque, en el fondo, ello sirve sólo para seguir simulado una reserva que no existe. En efecto, el presupuesto de ayuda militar de Estados Unidos a América Latina es perfectamente conocido, y no creo que si nosotros sabemos cuál es la cuantía de la ayuda que recibe Argentina —la acaba de citar con cifras el señor presidente de la Comisión de Defensa—, esa nación va a ignorar la cantidad que por ese mismo concepto recibe nuestro país. Por lo demás, el monto global es también conocido:

en este año fiscal, el presupuesto norteamericano para estos fines es del orden de los 55 millones de dólares. Pero, sobre todo, me parece un poco festivo —perdóname, señor Presidente— estar aquí pidiendo reserva y discreción respecto de un asunto publicado, no sólo en revistas especializadas, sino también en los magazines de América Latina.

... ..
—(Durante lo votación).

El señor AMPUERO.—Señor Presidente, desde luego, quiero señalar que estoy autorizado por el Honorable señor Larraín para votar en este proyecto, no obstante estar pareado con él por el resto de la sesión.

Y quiero aprovechar estos escasos minutos para fundar mi voto y referirme, por lo menos, a dos hechos.

En primer lugar, precisar lo que literalmente expresé denantes en orden a que me parece imperativo entrar a una revisión del sistema de pactos militares en América Latina, de tal manera que pueda, en alguna medida, darse un paso adelante con relación a una iniciativa tomada ya hace años por el actual Presidente de la República, quien sugirió algún tipo de política común latinoamericana destinada a evitar los excesivos gastos en armamentos y los desniveles militares que se están produciendo, que, a nuestro modo de ver, tienen su origen justamente en el sistema de pactos militares. Pensamos que un estudio multilateral de la cuestión habrá de llevar mayor tranquilidad a nuestros países y promoverá una convivencia que sea efectivamente de naciones hermanas.

En segundo término, deseo referirme a un pequeño hecho que olvidó, en su intervención, nuestro Honorable colega Presidente de la Comisión de Defensa Nacional. Es cierto que ésta es la quinta Operación Unitas y que, desde el año 1960, se viene aprobando sistemáticamente, con la votación contraria de los Senadores socialistas, la autorización para que buques ex-

tranjeros participen, en aguas territoriales de Chile, en ejercicios conjuntos con nuestra Armada.

Pero lo que olvidó el Honorable señor Eduardo Alessandri es que por primera vez la fecha de dichas maniobras coincidirá con una época de decisiones cívicas en Chile. Este hecho, insignificante para el señor Senador, para mi es fundamental. Esta vez es más grave que nunca la autorización.

También quiero decir de paso que, por supuesto, no pienso que dos destructores, un submarino y tres aviones sean una fuerza naval capaz de abatir la voluntad de los chilenos en un choque físico. Lo que sí sostengo es que constituye una imprudencia de quienes resolvieron efectuar esas operaciones, hacerlas en un momento en que la tensión alcanzará en Chile su mas alto grado; cuando no se sepa toda-

vía, si no produce mayoría absoluta, quién será el Primer Mandatario de Chile por el próximo sexenio; cuando las pasiones políticas estén desatadas.

En tales condiciones —para no entrar en consideraciones de principios—, el desembarco de marinos norteamericanos, en un complejo de circunstancias internacionales de todos conocidas, es, para usar la palabra más ponderada, insensato y puede constituir la base de cualquiera provocación y de incidentes que bien pueden colocar a nuestro país en una situación grave.

Es este hecho el que me habría agrada- do oír analizar al Presidente de la Comisión de Defensa Nacional, asignándole, si no la importancia que nosotros le damos, otra menor, que, en todo caso, res- guarde la integridad, limpieza y libertad de nuestra decisión nacional.